

# La «Amenaza» de la Psicología Científica

ELISABET TUBAU SALA

*Departamento de Psicología Básica  
Universidad de Barcelona*

Al leer el artículo de López Cerezo me ha sorprendido que se pueda hablar de la «amenaza» de la psicología científica. Por esta razón mi comentario se centrará en defender a la psicología científica de tal «acusación». Por otro lado, y tal como se comenta más adelante, los argumentos presentados por el autor tampoco justifican la «no falsabilidad» de la psicología popular.

Ante el dilema que plantea López Cerezo entre psicología científica y psicológica popular, en primer lugar debería realizarse una distinción entre neurociencia, como un (entre varios) nivel de explicación en psicología, y psicología científica como un modelo más completo de la mente y posiblemente diferente al de la psicología popular. Y es que cuando el autor considera a la psicología científica como una amenaza para la psicología popular parece estar refiriéndose básicamente al materialismo eliminacionista que sostienen algunos investigadores en neurociencia, es decir, y tal como sugieren algunos de los ejemplos, a la posibilidad de eliminar de nuestro lenguaje todos aquellos términos de tipo mentalista. Si éste es el caso, entonces más que dilema entre psicología científica vs. psicología popular, lo que está planteando es el impacto de la neurociencia (versión reduccionista) en nuestra vida cotidiana.

Pero no creo que se trate de debatir el problema del reduccionismo, o las tan discutidas relaciones entre mente y cerebro. Considero que de momento este problema puede verse a gran parte resuelto a partir de las propuestas sobre distintos niveles de explicación en psicología (Marr, 1982: nivel físico, nivel algorítmico, nivel computacional; Newell, 1981-1987: nivel máquina y nivel de conocimiento). Esta solución es la que también sugiere Gatfield (1988) en su crítica al libro «Neurophilosophy» de Patricia Churchland. En la misma línea, Dennett (1988) compara su enfoque intencional («intencional stance») con el nivel computacional de Marr y con el nivel de conocimiento de Newell, poniendo en correspondencia estos niveles de explicación con los «enfoques» internacional, de diseño y físico que él propone. De alguna forma, todas estas aproximaciones tienen en común la posibilidad de integrar diferentes niveles de explicación en un modelo general, cada nivel puede entenderse a partir de la organización del nivel inferior, sin que ello signifique la eliminación o sustitución de alguno de los niveles. La elección de uno u otro nivel de explicación dependerá del problema concreto en cuestión. En este sentido, cualquier progreso en neurociencia (nivel físico) ayudará a reorganizar los niveles superiores de explicación. No tiene porque eliminarlos, en todo caso pondrá algunas restricciones que deberán tener en cuenta los modelos de nivel superior, modificándolos o reemplazándolos por otros más adecuados.

Si el problema no reside en la posible amenaza de la neurociencia, sino en el peligro que corre la psicología popular al entrar en contradicción con la psicología científica, entonces me pregunto qué es lo que pretende López Cerezo con este artículo. No creo que los avances de la psicología científica pongan en mayor peligro nuestra vida cotidiana que las aportaciones de otras ciencias como, por ejemplo, la física. Algunos de los descubrimientos en física se han incorporado al conjunto de creencias populares, reemplazando o modificando las viejas creencias. Con más o menos resistencias podemos decir que la física popular se va modificando. Y no tengo conocimiento de que se intente proteger a la física popular de cualquier innovación científica (al menos actualmente). Evidentemente el principio de UTILIDAD puede aplicarse tanto a las creencias sobre el mundo físico, como sobre el mundo social, o el mundo mental. Es decir, como demuestran diversos experimentos (p. e. McCloskey, 1983; Kunda y Nisbett, 1986) muchas de las creencias populares sobre el mundo físico o sobre el mundo social son erróneas, pero son útiles (normalmente permiten controlar el entorno realizando predicciones adecuadas). En este sentido, las argumentaciones de López Cerezo en defensa de la psicología popular no añaden nada nuevo al instrumentalismo de Dennett: su utilidad para predecir comportamientos en la vida cotidiana.

Por otro lado, e independientemente de que la psicología popular sea o no considerada una ciencia empírica, me parece absurdo que pueda plantearse su posible desaparición, a no ser que todo el mundo estudie psicología (e incluso en este caso podrían «convivir» las dos «psicologías» las cuales se aplicarían distintamente según la situación). De alguna forma (pero con reservas) esto es lo que plantea López Cerezo al señalar que las dos formas de explicación psicológica no pueden ser comparadas por no tener el mismo status como teorías (p. 12), o que las dimensiones para su evaluación son y serán simplemente distintas (p. 16). Evidentemente, si el «sentido común» proporcionará siempre modelos adecuados de los acontecimientos no tendría sentido hacer ciencia. La psicología moderna precisamente nos enseña que los mecanismos de codificación que la gente utiliza para modelizar el mundo físico y el mundo social son limitados (limitaciones perceptuales y conceptuales), generándose por tanto modelos erróneos o incompletos (Holland, Holyoak, Nisbett y Thagard, 1986). Pero creo que éste no es un argumento que justifique forzosamente que las formas de explicación populares no puedan ser refutadas por las formas de explicación científicas. Como señalan Holland y col., las creencias erróneas pueden modificarse (más o menos fácilmente), siempre y cuando se presenten situaciones donde éstas entren en contradicción. El hecho de que un mismo individuo pueda sostener dos formas de explicación aparentemente incompatibles no significa que una sea inmune a cualquier cambio, sino que las creencias más utilizadas se convierten en «valores por defecto», mientras que nuevas creencias incompatibles con las primeras, se convierten en «excepciones». Considero que es así como puede darse una «convivencia» entre las dos formas de explicación, más que por una supuesta diferencia de status como teorías que impide cualquier comparación e interacción entre ellas.

En definitiva, no acabo de comprender la «amenaza» que puede suponer la «eficacia científica» para nuestra «felicidad». Es más, me parece que

el párrafo final del artículo de López Cerezo no es coherente con los argumentos planteados hasta ahí. Una vez aparentemente justificada la «no falsabilidad» de la psicología popular, ¿qué amenaza puede representar la psicología científica? La lectura de tal párrafo me ha sugerido que el problema que en el fondo preocupa a López Cerezo no está en la eliminación o no de la psicología popular (al que podemos dar de momento por resuelto), sino en la posibilidad de que nuestra comprensión de la mente llegue a ser tal, que no deje lugar a los «enigmas y sorpresas» de la vida. El que la psicología popular permita una comprensión más completa de la mente debido a la influencia de la psicología científica no tiene porque comportar una pérdida de la aún desconocida capacidad creativa, o a la imposibilidad de encontrarnos con acontecimientos inesperados.

En este sentido, no puedo terminar este comentario sin mencionar algunas aportaciones de la psicología científica que, de ser incorporadas a la psicología popular, podrían mejorar nuestra calidad de vida y, si se quiere, nuestra felicidad. Por ejemplo, los resultados del estudio de Dweck y Leggett (1988) sugieren que una mejor comprensión de la naturaleza de la inteligencia puede ayudar significativamente a la resolución de situaciones más o menos problemáticas. Sujetos aparentemente con una capacidad general similar (un mismo coeficiente intelectual) que diferían según sus creencias implícitas entre «inteligencia como rasgo estable» e «inteligencia como rasgo variable» mostraban notables diferencias en la resolución de problemas no triviales. Otros ejemplos podemos encontrarlos en algunos estudios que relacionan determinados estados depresivos con creencias implícitas sobre el grado de control personal de los acontecimientos (Abramson y Alloy, 1981). Creo que existe evidencia suficiente para mostrarnos optimistas con los avances de la psicología científica, cuyas aportaciones pueden, por ejemplo, reducir significativamente la ansiedad que experimentamos al desconocer las causas de aparentes fracasos.

## Referencias

- ABRAMSON, L. Y. y ALLOY, L. B. (1981). Depresión nondepression, and cognitive illusions. *Journal of experimental psychology: General* 110 436-447.
- DENNETT, D. C. (1988). Précis of the intentional stance. *Behavioral and Brain Sciences*, 11, 495-546.
- DWECK, C. S. y LEGGETT, E. L. (1988). A social-cognitive approach to motivation and personality. *Psychological Review*, 2, 256-273.
- GATFIELD, G. (1988). Neuro-philosophy meets Psychology: reduction, autonomy, and physiological constraints. *Cognitive Neuropsychology*, 6, 723-746.
- HOLLAND, J. H., HOLYOAK, K. J., NISBETT, R. E. y THAGARD, P. H. (1986). *Induction: processes of inference, learning, and discovery*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- KUNDA, Z. y NISBETT, R. E. (1986). The psychometrics of everyday life. *Cognitive psychology*, 18.
- MARR, D. (1982). *Visión: A computational investigation into the human representation and processing of visual information*. San Francisco: Freeman.
- MCCLOSKEY, M. (1983). Intuitive physics. *Scientific American*, 24, 122-130.
- NEWELL, A. (1981/1987). Sistemas de símbolos físicos. En D. A. Norman, *Perspectivas de la ciencia cognitiva*, Barcelona: Paidós.